

El padre Llanos

EL padre Llanos

ha recibido, en su muerte, un relevante homenaje nacional de alabanza y cariño en el que han coincidido las más diversas voces. Sólo algunas excepciones. Esta revista, en la que su prolífica pluma también estuvo presente, quiere sumarse a ese homenaje general hacia esta figura controvertida y única. Sin pretensiones de juicios definitivos ni de rotundas conclusiones, tanto por lo complejo de su personalidad como por la todavía demasiado caliente cercanía de los acontecimientos que configuraron su vida. Sin ocultar, en el aprecio, los claroscuros.

No pocos se han extrañado de que este anciano jesuita de 85 años, retirado hace tiempo de una existencia activa en la soledad de un suburbio madrileño, haya despertado un eco tan grande en prensa, radio y televisión, en declaraciones y testimonios. ¿Qué encerró esa vida para producir tanto ruido al acabarse? ¿Por qué una huella tan marcada? ¿Por qué ese prevalente balance positivo en quien provocó críticas acerbas y rupturas de amistades?

Ante todo y sobre todo, por la fuerza carismática de su personalidad religiosa y humana. Pero ¿en qué consistió ese carisma? Dentro del misterio de atracción y, en ese caso, de complejidad, que entraña todo carisma, nos atrevemos a decir que el padre Llanos aunó la captación de los signos de los tiempos, el idealismo permanentemente insatisfecho, la capacidad de arrastre del líder, la imaginación creadora, el

poder de los gestos y tomas de postura, el acierto en la elección de los símbolos, la osadía en la persecución de sus objetivos. Tuvo dos polos de fascinación: el religioso, vivido en una fe honda, en una abrasadora pasión por la persona de Jesús; y el humano, centrado en la dimensión política, en la exigencia de justicia, en la relación humana. Y todo ello junto a una gran sinceridad, una profunda sensibilidad poética y un indudable vigor expresivo.

ES en ese conjunto donde hay que buscar que fuera la cabeza de aquel grupo vanguardista de estudiantes jesuitas de filosofía que en el exilio de Bélgica se autodenominó con cierta petulancia «Nosotros» y causó preocupaciones a sus superiores. Primer anuncio de aquel apóstol de juventudes que empezó como subdirector en la Congregación de «Los Luises» y se hizo en seguida, de 1940 a 1954, el cura imprescindible de los universitarios católicos, de las falanges juveniles, de los grupos castrenses más inquietos, de los ejercicios espirituales, las marchas, los campamentos. Su fe y su sentimiento nacionalista marcaron la animación de revistas, la creación de formas diversas de consagración a Dios de la vida, la búsqueda de fórmulas elitistas como los «doce», los «agapitos» (vocaciones a la Compañía de Jesús) o el «Cor Iesu» (residencia de universitarios selectos). La fama le llevó también a ser solicitado como predicador por políticos, militares e intelectuales.

Su creatividad se desplegó asimismo hacia conjugaciones más o menos utópicas entre la Acción Católica y la Falange, entre el universitario burgués y el trabajador del pueblo. De esta última nacieron progresivamente el colegio Santa María del Campo, el famoso SUT (Servicio Universitario del Trabajo) y el centro Antonio Rivera, para estudiantes que «trabajando con sus manos se fuesen pagando sus estudios y acercando las clases sociales». Es fácil comprender que el padre Llanos haya dicho: «Yo creo en la actividad».

Su última fundación era el peldaño culminante de una progresión sucesiva de encuentros con el pueblo trabajador.

Ya su padre y sus hermanos Félix y Manolo, víctimas éstos del bando «rojo» en la Guerra Civil, habían sido asiduos visitantes caritativos de los suburbios. El mismo lo fue esporádicamente. El 24 de septiembre de 1955, después de varios proyectos frustrados, el padre Llanos se trasladó al Pozo del Tío Raimundo. Empezó otra vida. Quiso estar en una chabola entre chabolas, pisando el barrizal, conviviendo con el pueblo. Tenía 49 años. Había abandonado una iniciativa tras otra en búsqueda vertiginosa de nuevos horizontes, de nuevas fórmulas. Rompía ahora con el mundo que había trabajado arduosamente durante quince años y en el que había anudado incontables relaciones humanas. Lector incansable —las noches daban tiempo para todo— había ido asimilando las corrientes teológicas y pastorales de la encarnación: estar por los pobres exigía estar con los pobres. ¿Una nueva veleidad? No. Dos opciones fundamentales —señala él mismo— marcaron su vida: su decisión de entrar en la Compañía de Jesús y su decisión de irse al Pozo. Repasando su historia personal encontramos que fueron las dos únicas en que realmente perseveró hasta el final.

Naturalmente, el padre Llanos cambiaba de rumbo, pero su personalidad era la misma. Desde el primer día empezó a transformar la vida y las estructuras del Pozo. Su hiperactividad y su inventiva se habían trasladado al suburbio. Allí estaba todo por hacer. En Madrid dejaba un arsenal de amigos bien situados y dispuestos a ayudarle. La obra social que realizó en el Pozo, entre emigrantes extremeños y andaluces sobre todo, tuvo ese amplio trasfondo. Aunque atravesara innumerables vicisitudes. Aunque el nuevo Pozo no fuera exactamente el que había soñado ni se llegara a él como había planeado.

EL padre Llanos fue el alma de esa transformación lenta pero prodigiosa. Cura para todo, hizo que llegara hasta ese fin del mundo el agua y la luz, se convirtió en agente del orden, fue el gestor del barrio ante autoridades y fuerzas sociales, fundó escuelas, creó talleres para los desempleados cuando arreció el paro, izó todas las

banderas del mundo metiendo en ese rincón olvidado un espíritu universal y abrió un queridísimo para él Común de Trabajadores. Una historia inabarcable en tan breves líneas y que, sin embargo, explica la dedicación de una calle a su nombre, la medalla de oro de la Comunidad de Madrid y la del Mérito Social del Ayuntamiento.

Todo esto lo llevó a cabo con un temperamento de fuertes tendencias depresivas que él conectaba con su temprana orfandad, con un estómago ulcerado que le llevó cinco veces al quirófano, con una fuerte tendencia al pesimismo —¿en qué dosis entraba la humildad?— que le conducía a sentirse siempre fracasado: «Son muchos años y no he hecho nada. Y lo poco que he hecho lo he hecho mal». Estuvo con el pueblo, pero nunca se sintió un hombre del pueblo. Lo decía con nostalgia. Y un carácter difícil que hacía, a veces, ardua la convivencia con él, que le impelía a rupturas estrepitosas (como cuando se llevó el Santísimo del colegio Santa María del Campo), que le hizo ausentarse cuando Franco visitó el Pozo e incluso recibir con mal talante a su querido amigo de toda la vida y entonces general de la Compañía, «Perico» Arrupe. ¿Cómo fueron posibles en estas coordenadas tantos logros, tantas amistades, trabajos tan arduos, entregas tan heroicas? Fue «el más difícil todavía» de un hombre que rompió infinitos moldes.

Y queda lo más desconcertante para muchos de su personalidad y de su actuación en vida. El padre Llanos fue un «cura rojo». Con su ayuda nació clandestinamente el sindicato Comisiones Obreras. En los mítines comunistas levantó el puño. Tuvo el carné del PCE y le hicieron del Comité Central. Y, sin embargo, no era marxista. Distinguía marxismo y comunismo y tuvo de éste una concepción básica de vida en común que enlazaba con sus acepciones más elementales y apolíticas. No le convenía la teología de la liberación. Se hizo comunista por convicción, después de muchas lecturas y escritos, pero sobre todo porque era comunista el barrio en que vivía, los hombres con quienes había decidido amasarse. Vivió siempre intensamente su fe,

hacía oración, celebraba diariamente la Eucaristía con gran profundidad, practicó habitualmente devociones de corte hasta conservador como el rezo del rosario. Nunca escondió su condición de sacerdote. Y estaba dispuesto a romper su carné y dejar el Partido si se lo mandaban sus superiores. Pero sus superiores nunca se lo ordenaron explícitamente. Ni sus obispos diocesanos (Tarancón, Suquía) ni sus provinciales jesuitas. El, que anteponía la Iglesia y la Compañía de Jesús a todo lo demás, les causó problemas y disgustos, se dejó utilizar con mayor o menor ingenuidad, se entregó también seguramente en este aspecto a un connatural protagonismo que formaba parte del conjunto de su carisma personal.

Y, sin embargo, por este extraño camino, rindió otro peculiar servicio a la Iglesia y muy en especial a la Compañía a la que tantas veces manifestó su cariño y su inmensa gratitud. Porque puso en evidencia la capacidad de comprensión de la orden ignaciana, su flexibilidad en el gobierno de sus miembros, su amor a cada persona concreta que hace llevaderas, en la aceptación que lleva consigo ese amor, sus limitaciones y complejidades, que sabe distinguir y hace prevalecer los grandes valores. El padre Llanos fue, qué duda cabe, un gran valor para la historia de la Iglesia contemporánea española, un ejemplo difícil y una interpelación permanente para el hombre de hoy.